

El Kentucky Bar

Joaquín-Armando Chacón

Un hombre se reúne con un amigo suyo, especialista en literatura, quien está interesado en conocer un viejo episodio que involucra a una actriz estadounidense de visita en Cuernavaca. Sin embargo, lo que tenemos en las siguientes páginas involucra a una misteriosa mujer en cuyo honor un cantinero de Chihuahua habría inventado el coctel margarita.

*Para Carlos Rodríguez Peña,
en Buenos Aires*

...cualquiera cuenta una anécdota de lo que le ha sucedido y por el mero hecho de contarlo ya lo está deformando y tergiversando...

—¿Y cuál sería el contexto no verdadero de esa verdad?

JAVIER MARIAS

—No era sueca —le digo a mi amigo Alejandro González Acosta—, era una actriz de allá del norte a la que publicitaban y presumían de sueca, pero era más norteamericana que los hotdogs, la Quinta Avenida, el Golden Gate y el viento frío de Chicago. Nada de sueca. Ya ves que el *star system* de Hollywood está lleno de publicidad mentirosa.

Después de meses de intercambio de mails entre uno y otro y vanas promesas para reunirnos a charlar para contarnos de nuestros quehaceres, finalmente este sábado de otoño Alejandro me ha llamado muy temprano para concertar el encuentro y ahora estamos en la cafetería Rayuela del centro de Tlalpan saboreando la primera taza humeante y mirando el despertar de ese apacible lugar donde González Acosta tiene su casa desde hace años a unas cuantas cuadras de allí. Primero las necesarias tazas de café para aún continuar amarrando a tierra lo que pueda quedar de consistencia de los sue-

ños y después vendrán los huevos estrellados con tocino para uno y los estilo norteño para el otro, el pan recién hecho y los vasos con jugo de naranja. Le he preguntado a Alejandro sobre su labor en la Universidad y sus encuentros y descubrimientos en su disciplina como titular del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, y él me ha respondido con su habitual desparpajo e ironía y una naciente sonrisa cada vez más amplia para finalmente soltarme sus preguntas por aquel rumor que yo creía ya finalmente olvidado, enterrado profundamente, en santa paz y con las florecitas ya marchitas y esparcido su polvo por ningún lado, pues este se había levantado muchos años atrás allá en la ciudad de Cuernavaca, donde me había mantenido durante años dando clases de literatura latinoamericana.

“Nada, nada de eso, mi amigo”, me dijo Alejandro, “los rumores siempre resucitan, viajan por el tiempo y encallan en los sitios más absurdos, y allí se les agregan detalles, se omiten otros, se exagera, se minimiza algo sustancioso y entonces la historia se convierte en un laberinto trunco y, suele ocurrir, para desgracia de la autenticidad, que también se confunden a los personajes con otros, pero por aquí y por allá, fue apareciendo tu nombre, incluso de gentes que no te conocían, que no sabían

de ti y pues, no creas, pero me dio por investigar y, claro, en gran mayoría todo apuntaba hacia ti y tu encuentro con esa actriz sueca, así que ahora necesitas contarme de pe a pa el verdadero intríngulis de aquello. No te puedes negar, me interesa la historia, antigua o moderna, bien lo sabes. ¿Cómo fue esa historia con la actriz sueca?”.

Le respondí con una cierta reticencia, encendiendo el primer cigarrillo y dándome cuenta de que con eso ya daba pie a seguir tirando del hilito que comenzaría a desenrollar esa madeja parecida al color amarillento que tienen las viejas fotografías.

—Cuéntame, pues, soy todo oídos y en silencio escucharé la historia, desde el principio y con abundancia de detalles —me apuró el doctor en letras iberoamericanas por la Universidad Nacional Autónoma de México.

Así que ni modo, a contarle a Alejandro González Acosta sobre aquella semana de aquel tiempo en donde en Cuernavaca daba clases de literatura en lo que muchos llamaban El Centro, mientras la mayoría de mis amigos iniciales habían regresado a sus países o a seguir recorriendo el ancho y ajeno mundo.

—...Y entonces ella llegó, en silencio, en secreto, sin que casi nadie se enterara y, según entendí después, llegó a Cuernavaca para consolarse de la separación de un famoso actor inglés de aquel tiempo, o quizá del di-

vorcio de un segundo marido y poderoso empresario alemán, o del fallecimiento de un amigo favorito con el cual estaba a punto de contraer un tercer matrimonio, por alguna de esas razones que nunca me quedó muy en claro, pero que para ponerle a eso un marco adecuado te diré que llegó para consolarse de la millonada de marcos que hubiera heredado si ese matrimonio hubiera llegado a realizarse, si ese amigo no se hubiera puesto a beber en fila una gran cantidad de botellas de champaña antes de subirse en su Alfa Romeo para ir a estrellarse contra un árbol en una loca e inútil carrera. Así que ella perdió el amor, una buena cantidad de millones y quizás alguna mansión en la Costa Azul y tal vez en otros sitios del estilo. Y allí estaba, encerrada y desconsolada desde varias semanas atrás en casa de una amistad de mejores tiempos. Y como su cumpleaños era en ese mes de febrero le hicieron una especie de festejo más o menos íntimo por la tarde, al que me invitó una de mis alumnas y además maestra de un grupo de estudiantes norteamericanos a quienes yo les estaba dando unas clases privadas sobre la narrativa latinoamericana, y esta alumna mía era conocida de la pareja extranjera que era amistad de la señora que conocía a la desconsolada y por ella vino la invitación para que la acompañara, todo porque seis días antes me había encontrado en el centro de la ciudad en compañía de mis amigos, Daniel Sandford y



Kentucky Bar, Ciudad Juárez

Federico Ménez, quienes animosa y prontamente la invitaron a tomarse un café con nosotros en la cafetería Viena para festejar allí y de esa manera mi cumpleaños, pues yo también era acuariano como la actriz desconsolada, aunque a ella ya la habían festejado por sus cumpleaños como doce o trece años más que a mí y en grandes saraos en distintas partes del mundo. Y aunque me negué a esa reunión en donde no había sido invitado directamente, y lo hice como el inocente mocito apenas entrando a la magia de la literatura latinoamericana pero ya buen lector de la literatura norteamericana, española, mexicana y algo de la europea, pero todavía bien pendejo en otros asuntos más terrestres y también mágicos si se tiene la percepción de la magia y el don y la ayuda de los gnomos, de las hadas y las sonrisas de las brujas y de ciertas diosas del Olimpo. Y allí llegó el incipiente autor aún inédito a esa mansión con un jardín que parecía tener el tamaño de una cancha de fútbol y contener al bosque de Sherwood y el lago junto al pueblo de Cuomo por allá en Italia. Y llegó a tomarse unos *whiskies* y unos canapés y se encontró con la desconsolada, que en ese momento no parecía una actriz que hubiera filmado al lado de los actores de la década ni llenado portadas y portadas de revistas de muchos países y, según yo sabía por los chismes de otro tiempo, se le había relacionado con importantes jeques, magnates petroleros de Texas, dueños de rascacielos y hasta con aquel Rubirosa que surgió a la fama exterior desde lo que fue Ciudad Trujillo. Nada de eso, sólo parecía una desconsolada de cabellos rubios sin peinar, de ojos sin brillo, de movimientos meditados y desánimo por los cuatro costados para beberse tequila en vasos *old fashioned* y que de vez en cuando miraba mudamente a todos y a mí me observaba mudo porque todos los demás hablaban en inglés, y luego la desconsolada se tomó otro vaso *old fashioned* como si fuera agua corriente y me preguntó algo, yo le respondí lo primero que me vino a la mente y ella escuchó alguna palabra y, ah, el idioma, el idioma castellano tiene magia y a la lengua española la desconsolada la conocía un poco aunque con un acento espantoso, pero de todos modos conseguía comunicarse y algo me dijo y yo algo le dije, quizá, que los tequilas no se tomaban en un vaso *old fashioned* servido hasta el tope, ni se les ponía hielo en cubitos duros, y que tal vez lo mejor para ese clima sería un coctel margarita. Fíjate, en ese entonces, vaya que ha pasado el tiempo, los cocteles margarita apenas daban sus primeros pasos en la colectividad de la sociedad, aunque para unos fue creado en el 44 del siglo pasado en un bar de Tijuana y en honor de Margarita Carmen Cansino, pero que en realidad se inventó en el Bar Kentucky de la ciudad de Chihuahua por admiración a Margaret Trash Donnelly, a quien no conocí, aunque tampoco a Margarita Carmen Cansino, y que el tequila solo y directo

se tomaba en un vaso caballito teniendo a la mano un limón, sal y sangrita bien preparada y que el mejor sitio en donde preparaban la sangrita en esa ciudad de la eterna primavera, se me ocurrió mentirle, era una cantinucha proletaria que se llamaba La Línea de Fuego y que allí iban los desamparados de siempre. “¿Y las desconsoladas?”, me preguntó ella en su absurdo español con imitación del acento sueco. Esas no, pues ante el tequila no vale la pena el desconsuelo. Debido a eso, la desconsolada quería saber más del tequila, del español, de la ciudad, de la cantina La Línea de Fuego y del que le contaba todo eso, que les contaba todo eso pues mi alumna, la pareja extranjera, uno de los parientes de esa casa y otro invitado y la señora que conocía a la desconsolada ya nos hacían ronda, así que yo seguí contando más mentiras que verdades en español para la desconsolada y para que mi alumna les tradujera a los demás, pero también les hablé del 68 que me arraigó allá y les hablé del movimiento de la Teología de la Liberación en Latinoamérica y de mis autores favoritos de ese entonces y la desconsolada de todos modos siguió bebiendo sus tequilas como si fueran agua con hielo en su vasito *old fashioned* y siguió escuchándome. Y luego se hizo noche, esas noches de Cuernavaca en que todo es murmullo y como muchos de mis oyentes se iban a una cena y a la verdadera celebración del cumpleaños en la casa de una condesa, pues en aquel tiempo aún había condesas por allí en esa ciudad. A esa condesa después llegué a conocerla, pero esa es otra historia, así que aquí no tiene caso. Mi alumna y yo nos despedimos y la desconsolada se despidió de mí con un beso tequilero en la mejilla izquierda y me dijo que tenía que invitarla alguna vez a ir a conocer la cantinucha La Línea de Fuego y enseñarle el coctel margarita y como yo le dije que era improbable que en La Línea de Fuego hicieran de esos cocteles pues allí el tequila tenía que raspar de entrada, saborear el limón y la sal y luego sentir cómo el tequila regresaba con su olor a tierra, nos entretuvimos en aquel jardín como cancha de fútbol mientras yo le mencionaba los ingredientes necesarios para preparar una sangrita necesaria para unos buenos tragos raspadores de tequila. Me dio otro beso tequilero en la otra mejilla (ya ves lo cristiano que soy, pongo una y otra mejilla) y mi alumna me comentó que en los tres segundos siguientes la desconsolada no iba a recordar ninguno de los ingredientes y, por supuesto, a ella no le interesaba conocer La Línea de Fuego porque ella era una respetable maestra allá en California o en Colorado Springs o en Florida, no me acuerdo, donde la aguardaba un novio con quien se iba a casar, y jamás había oído hablar de Margarita Carmen Cansino ni le interesaba llegar a probar el coctel margarita, ni averiguar si era cierto que yo sabía preparar una sangrita excelente. Entonces, en el taxi que llegó hasta allí, allá, por nosotros, llevé a la maestra de ojos

miopes y anteojos antiguos a la casa que ella y su grupo de estudiantes de la Florida o de Colorado Springs o de California habían alquilado esa temporada, y que por cierto le decían La Casa Azul y estaba en la colonia Madero, y me regresé solitariamente a mi casita a releer a Onetti porque al día siguiente les iba a hablar de su cuento “El infierno tan temido”.

Al día siguiente fui por la tarde a dar mi clase sobre el gran Juan Carlos Onetti en el Centro de Estudios y allí estaba mi grupo de esa temporada esperándome ansioso. No por nada pero yo tenía un cierto éxito como maestro de literatura, nada de intelectualismo y pedantería académica, sólo les transmitía eso que me llegaba de las lecturas, me interesaba por los personajes y por sus acciones, les hablaba de mi apasionamiento por ciertos pasajes, les inventaba, les mentía contándoles la verdad de la mentira de la ficción que a la larga se trasluce en una verdad de lo que desconocemos, porque nunca han existido ni Larsen ni Brausen ni Risso ni los demás personajes de Juan Carlos Onetti, ni existe esa Santa María, aunque existe el Uruguay, y jamás se tomaron esas fotografías de ese terrible personaje femenino llamado Gracia César que en la trama del cuento hunde al personaje en su infierno tan temido, pero que al leer el cuento comienzan a existir, a convertirse en seres a quienes conocemos, de quienes aprendemos algo, de quienes tomamos una experiencia que nunca nos dañará, de esos a quienes llegamos a tenerles aprecio, quizá cierta confianza, porque así son ellos, así podríamos ser nosotros, así son ciertas personas de las que hemos escuchado o incluso llegado a conocer. Y sí, yo tenía mi público, mis alumnos, más ellas siempre que ellos, porque posiblemente las mujeres siempre comprenden más de la ficción para emparentarla con la realidad, porque en su sexto o séptimo sentido llegan a comprender toda la realidad que existe en la ficción. Y allí estaban mis alumnas (creo que en ese tiempo eran ocho o diez) y mis alumnos (cuatro o cinco) que se inscribían para escuchar mis clases y de lo cual viví muchos años, hasta que el futuro no fue como debía ser, quizá de igual forma en como la nostalgia dejó de ser como era antes. Y, le presumí a mi amigo González Acosta, atento a esa historia pero sin dejar de atacar a conciencia los tocinos y los huevos fritos, que a veces allí, cuando terminaba una clase, los alumnos aplaudían. Sí, Alejandro, aplaudían, y eso lo volví a presenciar algo más de veinte años después cuando di mis clases en Estados Unidos, en la Universidad de California. De eso algún día te cuento. Pero esa vez, allá en El Centro no sé si aplaudieron o no, pero prefiero contarte que sí aplaudieron. Al salir del salón de clases mi alumna, la maestra de Colorado Springs o de California o la Florida, miope con anteojos antiguos, me comentó que esa clase le había gustado mucho, y que tal vez era conveniente que yo saliera de vez en cuando

lejos del encierro en mi casita y mis papeles o de la biblioteca de El Centro y bebiera tequila y conociera actrices suecas. ¿Qué te crees? Así que le aclaré y puntalicé el haber bebido un bourbon, un Elmer T. Lee especial y no tequila el día anterior y que la sueca no era sueca sino bien norteamericana aunque se hubiera desnudado garbosa y juvenilmente para sus primeras películas amateurs allá en Estocolmo, para luego regresar con su talento a su patria con el estandarte de extranjera. Y allí íbamos en eso cuando afuera, en la primera sección de El Centro, ya que te aclaro que estaba dividido en dos: la primera era para las clases de español y la segunda para las clases especiales, y allí, en el jardincito de la entrada, en donde había una especie de cafetería rústica, en una silla estaba sentada la actriz sueca que no era sueca, y estaba vestida y con unos gigantescos lentes oscuros y aún con el desconsuelo sobre aquella aura que tenía, me parece que en ese momento algo grisáceo cubría lo dorado. Sí, recuerdo su imagen allí, tomando un café de olla, un cigarrillo encendido en una mano, los anteojos negros cubriendo casi toda la parte superior de su rostro, el cabello sin peinar, a la despreocupada, un suéter ligero, no me preguntes por su color, simplemente echado sobre los hombros, una camisa femenina a rayas, tampoco recuerdo el color, una falda que quizá fuera de algún modista famoso, pero que allí sólo parecía una falda como cualquier otra, y unos zapatos de tacón bajo. Sí, allí ella, las piernas cruzadas, la tacita de café de olla en una mano y en la otra el cigarrillo, y esperándome. Nos dijo que no la habían dejado entrar a mi clase, aunque había rogado, pero no, no estaba permitido, y allí se sentó a esperarme, y allí estaba esperándome, atenta a que no se fuera el taxi que también nos esperaba porque yo le había prometido llevarla a La Línea de Fuego a probar el coctel margarita. Ella y yo abordamos el taxi, la alumna maestra allí se quedó, ella no quería conocer La Línea de Fuego ni el coctel margarita y además debía reunirse con su grupo y llevárselos a La Casa Azul. Y entonces allá vamos la actriz desconsolada y yo, allá fuimos, hacia la colonia Carolina, a esa cantinucha que quizá ya no existe, como no existen otras cosas, como ya no existe ese Centro, ni su jardín, ni esa cafetería rústica y la actriz sueca ya no debe tener 38 años, sino algo más y casi nadie se acuerda de ella ni de esa peculiar belleza que despertó pasiones. Bueno, mi estimado Alejandro, ahora tú me has hecho que la recuerde. Y en el asiento trasero de ese taxi me fue contando, pues así es, carajo, si uno presta atención puede entender un idioma levemente aprendido y poco practicado, que no estaba a gusto allí, en esa ciudad, que no estaba a gusto en ningún lado, que estaba molesta consigo misma y nada contenta con su profesión y que las amistades de su amiga la aburrían enormemente, que en ella había anidado el desconsuelo y, finalmente, llegamos a La Línea de Fue-



go. Nos bajamos del taxi y le dije que se quitara los lentes, que así con esos anteojos oscuros iba a llamar la atención. Se los quitó. Entramos. No, ni madres, en La Línea de Fuego no servían margaritas, allí nunca conocieron a Margarita Carmen Cansino, ni tenían hielo frapé ni una botella de Cointreau, con la cual luego pervirtieron en otras partes al coctel margarita, y el limón sólo servía para acompañar a la sal con el tequila y que allí servían sobre todo cervezas Superior y Corona, tequilas de Jalisco y un ron que se llamaba Potosí, y bueno, pues iban a dejar entrar a esa rubia desconsolada aunque no acostumbraban que allí entraran rubias cargando tristezas, pues eso podía ser de mal agüero, y sólo porque yo parecía decente y porque el dueño cantinero mesero y limpiamesas al mismo tiempo aún se acordaba de mi jab de izquierda, el cruzado de derecha y el gancho izquierdo que habían puesto fuera de combate al molesto del Chintorro, ese borrachín bravucón que por allí se dejaba caer de vez en cuando y del cual yo no me acordaba, ni de esa visita de muchos meses atrás en compañía del profesor David Taylor, quien me contaba de Floyd Patterson, el campeón de peso completo de raza negra que cuando llegaba a perder una pelea se disfrazaba poniéndose una peluca postiza, una joroba en la espalda, una gorra de leñador, mil cosas para que no lo reconocieran, y hasta esa vez supe que a aquel borrachín que nos había echado bronca le decían El Chintorro. Así que entramos y nos sentamos frente a una mesa en el rincón más apartado y pedimos tequila, limón y cerveza Corona y olvídate de la sangría. Y pues salud y salud y qué lástima que no había manera de probar allí el coctel margarita, pero la desconsolada había querido ir a conocer La Línea de Fuego y el tequila que raspaba y ante el cual el desconsuelo valía madres y entonces a olvidarnos del coctel margarita que decían algunos historiadores fue en honor de Margarita Carmen Cansino, a quien allí no conocían y quizá tampoco en su si-



guiente nacimiento como Rita Hayworth, aunque según otros de los que se encargaban de esos menesteres de averiguar los pasados el coctel fue hecho para una bella actriz de películas clase B llamada Marjorie King allá por 1940 en un restaurante bar que se llamaba La Gloria en el polvoriento camino a Ensenada, Baja California, o en su defecto y allá mismo en Baja California para Margarita Henkel, quien era la hija del embajador de Alemania en México, pero yo volví a insistirle que era por Margaret Trash Donnelly en el Kentucky Bar que existió en la calle Libertad o en la calle Aldama en la ciudad de Chihuahua y el coctel fue creado por el cantinero Juan Luis Carrera, quien estaba fascinado, enloquecido, enamorado, derrapando, deseoso, hambriento, por Margaret Trash Donnelly, a quien no conocí, pero la vi en una fotografía: una dama espléndida, guapísima, que una vez al año llegaba a esa ciudad desde los negocios de su padre y hermanos por los alrededores en Chicago. Y Margaret Trash Donnelly llegaba siempre hacia el atardecer al Kentucky Bar de la calle Aldama o de la calle Libertad, siempre de negro, con su grupo de amistades, y Juan Luis Carrera la miraba amorosamente, como no había vuelto a ver a mujer alguna desde el fallecimiento de su esposa. Sí, a Juan Luis Carrera sí lo conocí, cuando él era un hombre por los límites ya bien pasados de los sesenta años y allí seguía en el Kentucky Bar, el que había heredado de su padre, y él me mostró la fotografía de Margaret Trash Donnelly, muy bella, entonces de poco más de treinta años y viuda y desde entonces cálidamente fría y lejana, impidiendo que nadie se le acercara y le alterara sus recuerdos. Allí, en el Kentucky Bar, apareció un lejano otoño. Quizás unos siete o nueve años antes de que yo naciera, le aclaré a Alejandro González Acosta en la cafetería Rayuela de Tlalpan, igualmente como lo hice con la desconsolada en la cantina La Línea de Fuego de Cuernavaca. Y Margaret Trash Donnelly traspasó la puerta del Kentucky Bar envuelta en su

luto y Juan Luis Carrera se sorprendió al darse cuenta de que en su cuerpo circulaba la sangre. Así, un año y otro año en el Kentucky Bar y Margaret Trash Donnelly llegaba, se sentaba en su lugar favorito rodeada por sus amistades y se ponía a beber *whisky* tras *whisky* apenas sonriendo, casi nada, un levísimo separar de labios desde el haberse dado cuenta de que a partir de la segunda vez que entró allí la música de la rocola sólo tocaba piezas de Albinoni, Mozart, Beethoven, Schubert, Vivaldi, Schumann, Chopin, de esos y otros cuates, y que los meseros se hacían a un lado para que el cantinero y dueño, Juan Luis Carrera, les sirviera los *whiskies* a ella y sus acompañantes, con apenas una sonrisa leve dirigida a Margaret Trash Donnelly en ese momento. Sólo eso, una leve sonrisa, no se atrevía ni siquiera a nombrarla o decirle buenas tardes o noches o bienvenida o tengo meses esperándola. Y pasó un año y otro y cada temporada llegaba Margaret con su grupo de amigos, y cada vez más vestida de negro, si es que era posible ese negro del vestido que se ponía, o la blusa y la falda y los zapatos y las medias y la ropa interior y el ligero que sostenía las medias y la bolsa de mano que llevaba y sólo un par de aretes de brillantes pequeños eran de distinto color al que usaba siempre, porque eran unos diminutos brillantes de un verde pálido y sólo el tibio muy tibio rojo con que se pintaba la boca, donde apenas asomaba una leve y obligada sonrisa de vez en cuando. Y llegó un día en que como otras veces llegó el otoño a la ciudad

de Chihuahua y en el atardecer llegó Margaret Trash Donnelly al Kentucky Bar de la calle Libertad o de la calle Aldama y Juan Luis Carrera la miró sentarse en su lugar favorito cuando se iniciaba en la rocola el *Concerto in si bemolle maggiore per due violini* de Vivaldi y los dos meseros se apuraron a servirles sus *whiskies* sólo a los acompañantes de la viuda, para enseguida retirarse a las esquinas. Margaret aguardó paciente y sin queja y sin alzar la vista mientras Juan Luis ponía en una coctelera una buena porción de tequila blanco, le agregó hielo picado, el jugo de varios limones verdes, recién cortados, de esos que aún recuerdan el árbol en donde crecieron, y sacudió la coctelera unos segundos, no demasiado para que no se perdiera todo el hielo picado, buscó una copa champañera, mojó sus bordes con jugo de limón y la escarchó con sal y anunció que ese coctel se llamaba margarita en honor de la señora Trash Donnelly, porque se cumplían cinco años de que ella había pisado el Kentucky Bar por primera vez y le llevó la copa a Margaret, quien sonrió levemente y comenzó a degustarlo con paciencia y en silencio. Le gustó, claro que le gustó, me dijo el viejo Juan Luis Carrera, pero nunca he podido volver a preparar un coctel margarita igual. Y cuando Margaret terminó de beberlo su sonrisa se abrió un poco más y yo me atreví a acercarme a ella, siguió contándome Juan Luis Carrera, y Margaret me preguntó por su contenido y se lo dije, el tequila blanco, el hielo picado, los limones verdes. “Y algo más, pues algo más



había, ¿verdad?”, me preguntó ella, pues ella lo sabía, sí, que había algo más, claro que sí, por eso nunca he podido volver a preparar un coctel margarita igual, me repitió Juan Luis Carrera. ¿Qué? Una lágrima, el complemento ideal y necesario para esa copa en ese momento. El hielo picado era en honor de su frialdad de tantos años, el tequila blanco la fidelidad al recuerdo y el jugo de limones verdes el homenaje a sus ojos. “Y la última lágrima”, agregó Margaret, “pues esta bebida es para darle la bienvenida al futuro”. Y Margaret le dijo que si podía preparar otros dos margaritas, pero sin lágrimas ahora, y que deseaba tomarlo con él a solas en ese bar, “para hablar de las soledades y del futuro”. Juan Luis Carrera les anunció a todos que esa noche no se cobraba ninguna cuenta, pero que se tomaran lo que ya tenían, y rápido, pues tenían que salir de allí huyendo, a la carrera, pues al terminar de preparar los siguientes dos cocteles margarita iba a sacar su pistola y a cargarla con las balas necesarias por si alguien aún quedaba por allí. Todos los demás salieron, algunos todavía con el vaso lleno o la cerveza en las manos y las puertas del Kentucky Bar se cerraron temprano por primera vez en los 22 años de su existencia y se apagaron casi todas las luces y sólo una quedó encendida allá al fondo. A mí Juan Luis Carrera me sugirió el resto, no fueron necesarios los detalles, pero yo sé que allí, sobre la barra del Kentucky Bar, la hermosa Margaret desató unas horas después su regocijo, que allí Juan Luis Carrera la tuvo por primera vez, sobre la barra cantinera del Kentucky Bar, habiéndole quitado únicamente una prenda de la vestimenta, la única necesaria, ya no les dio tiempo de más antes de que ella se tendiera arrastrándolo hacia el olvido y el inicio del nuevo recuerdo, la falda arremangada, la blusa desabrochada y los pequeños aretes tintinearón como campanas llamando al arrebató del domingo y las piernas cubiertas por las medias negras con brocaditos tejidos en el muslo se estiraron al máximo para, levantadas, abiertas, sostener con los tacones de los zapatos el cielo y el porvenir y la locura y el gozo de Juan Luis y la fiesta de Margaret, pero era apenas el inicio de la algarabía, pues después de la *petite mort* para renacer a la vida y la ausencia de saliva y los diez minutos transcurridos en la cabalgada sobre la barra del bar del Kentucky, y cuando Margaret descendía de la barra Juan Luis Carrera se apresó a quitarle la blusa, apenas eso, pues Margaret había descendido de esa barra de cantina sólo para quitarle el pantalón a él, y lo hizo arrodillada, y miró por primera vez al causante de su regocijo y el deshielo de su cuerpo y lo tomó como al agua bendita de la salvación lo toma quien ya ha llegado al Paraíso y no quiere perderlo nunca más, ni un centímetro de ello, ni un milímetro de ello, y Margaret se descubrió la mujer más hambrienta, la más antojada, la más todo, y la más sedienta después, así que dejó que Juan Luis siguiera haciendo otros mar-

garitas, y después, algo después, le permitió que le quitara una media, sólo una media, la de la pierna izquierda, pues la silla en donde estaba sentada era frágil e incómoda en su necesidad, así que follaron sobre el piso, y después del desprendimiento de la otra media ella inició la búsqueda del agua bendita del Bar Kentucky en la mesa donde siempre se sentaba para luego arrastrarlo hacia el siguiente viaje hacia donde se tiene que llegar y el tintineo de los aretes anunciando el arribo a la otra orilla. Yo no sé, no puedo asegurarlo, pero había algunos viejos que todavía continuaban sobreviviendo en el tiempo por allá y me dijeron que ese día tembló en el terruño, la primera y la única vez, en lo que yo sé, porque Juan Luis Carrera me lo contó que una a una fue quitando las prendas de vestir de Margaret, una a una cada vez y que lo último fueron los aretes, esos que el viejo Carrera allí guardaba junto a la fotografía, y que cuando quitó el primer arete ya estaba amaneciendo y cuando quitó el segundo arete ya existían los primeros parroquianos esperando en la calle, como todos los días, pero a Margaret y Juan Luis no les importaba y nadie se incomodó porque el Kentucky Bar abriera por primera vez unas horas más tarde y aun así luego tuvieron que esperar a que los meseros de ese día arreglaran todo porque por allí había pasado una tormenta o un sortilegio y porque Margaret había salido de allí ya con el sol en pleno y los ojos brillantes y esa sonrisa que es muy difícil conseguir plenamente en una mujer. Y me contaron las voces del viento en su tono bajito que cuando ella regresaba a la ciudad en la nueva estación del año lo primero que hacía era ir a pedirle los aretes a Juan Luis Carrera, y allí mismo se los ponía mientras el dueño del Kentucky Bar despedía a todos los parroquianos y el Bar Kentucky se cerraba fuera la hora que fuera y se abría hasta la mañana siguiente.

La mesa cantinera de aproximadamente siete metros allí estaba esa vez que yo fui a que Juan Luis Carrera me platicara la historia del Bar Kentucky para la primera revista que dirigí, una estudiantil e inventada por mí, de muy corto tiraje y hecha en mimeógrafo, y para que ese viejo cantinero me diera líneas para mi imaginación.

“Y sólo esta vez voy a contarle a usted lo que nunca he contado”, me advirtió Juan Luis Carrera, “y sólo lo que yo quiera y aunque parezca que olvido algo es mentira, así que no pregunte nada, no insista, y perdone si suelto algún exabrupto como el que en ese tiempo no le perdoné a Margarita ni un centímetro de su piel pues todo lo tuve y ella todo lo tuvo de mí”. Y Juan Luis Carrera me contó lo que quiso contar por esa primera y única y última vez. Pero yo comprendí el por qué centímetro a centímetro de la barra cantinera su dueño la mantenía pulidita, pues, me dijo, cada centímetro guardaba un recuerdo. Y allí, del otro lado de la barra, frente al inmenso espejo cantinero, había un espacio, unos cuan-

tos centímetros cuadrados donde Carrera había mandado poner años atrás algo parecido a un alhajero que le estorbaba la circulación a él mismo y a cualquiera otro de sus empleados que tuvieran que laborar por allí, pero eso no se iba a mover, no se quitaría, porque allí abajo, en el piso no se podía pisar. Me lo enseñó y era estorbo en realidad, y quizá feo, y no servía para nada, pero allí estuvieron las rodillas por primera vez de Margaret Trash Donnelly. “Y bueno, qué carajos”, me dijo Juan Luis Carrera, “no iba a proteger todo el piso del local del Kentucky Bar, no iba a proteger todo el local, no se podía, ¿adónde iba a llegar Margaret?”. Pero sí, sobre la pista de mesas y sillas, allí había un espacio abierto, un hueco, como si faltara una mesa, unas sillas. Y supe que todas las otras mesas y sillas fueron siendo cambiadas por otras mesas y otras sillas en cada estación. Ah, qué Margaret Trash Donnelly, desde entonces regresaba en cada estación del año y ya que llegaba el otoño y hasta que terminaba de irse el invierno ella llegaba al Kentucky Bar envuelta en ropa y ropa, imagínate nomás, le contaba yo a la desconsolada, la ropa interior, el vestido o falda y la blusa, pero además un fondo interno, y un suéter, una bufanda, un gorro, guantes, un sobretodo o un abrigo y en tardes de mucho frío encima de las medias se calzaba unos calcetines de lana, pues era prenda a prenda y estoy seguro que fue silla a silla y mesa a mesa y hasta aquella vieja rocola, pues Juan Luis Carrera también la había cambiado por otra, y había partes de las paredes que no se lavaban nunca porque encima se había puesto una sobrecubierta separada a centímetros de la pared original donde me imaginé se habían posado o sostenido en algún momento las manos de Margaret, y hasta se había ido cambiando escalón a escalón de la madera que iba al sótano bodega, y no, nunca he pensado en la incomodidad, sólo he pensado en la pasión y en esa frase mía y de nadie más de que más vale perderse en la pasión que perder la pasión, frase que en realidad quizás era lo que se ocultaba en el sabor de esa última y primera lágrima. Pero estoy seguro de que hubo otra lágrima más para Juan Luis Carrera, otra vez como complemento ideal y perfecto para el coctel margarita, y el último que tomó en su vida, cuando se enteró de que Margaret Trash Donnelly ya nunca más volvería al Kentucky Bar, que nos había abandonado, que se había abandonado a la enfermedad y que lo último que le dijo a una de sus sobrinas fue que no le fueran a poner aretes porque aunque no se daba cuenta nadie, siempre llevaba unos aretes puestos y que tintineaban siempre. Pero esa segunda copa no tenía el sabor de ninguna de las anteriores. A Juan Luis Carrera le dijeron que la habían enterrado vestida de blanco, con un perfume con cierto olor al limón y que había nevado sobre su tumba y que uno de sus amigos había derramado sal encima. Y sin aretes, le dijeron. Esa vez fue la última vez que yo

estuve en el Bar Kentucky, tiempo después me vine a la Ciudad de México a intentar mentirosamente convertirme en un famoso actor que seduciría a todas las maravillosas *starlets* del mundo, pero se me revolvía el estómago al subirme a un escenario, incluso al hablar en público y prefería mejor escribir, seguir escribiendo lo que escribía desde que tenía siete años de edad, pues el olor de los libros no me revolvía el estómago; por el contrario, me producía un inmenso placer y me gustaba contar historias y provocar la resurrección de ciertas personas como Margaret Trash Donnelly. Y ahora, pues ahora sé que ya no existe el Bar Kentucky, lo cerraron, lo tiraron hace tiempo, tampoco existe ya el viejo Juan Luis Carrera y quién sabe quién guarda, si acaso, esa fotografía de Margaret Trash Donnelly que yo tuve la oportunidad de contemplar, y ni quién sabrá adónde se fueron a tirar o vender o quemar esas sillas, esas mesas, esa antigua rocola, esa tarima de madera atrás de la barra, esos escalones de madera, esa barra de siete metros y veinte centímetros, no lo sabremos nunca, pero espero que el señor Carrera haya sido enterrado con los aretes en la mano, y que allí, allá, dónde esté, sigan tintineando.

Alguna vez, años después, regresé a aquella ciudad, estuve caminando por la calle Libertad de arriba abajo, lo mismo que por la calle Aldama de principio a fin, tanto ha cambiado esa parte de la ciudad que ya no reconozco el lugar, pero allí, en alguna parte, cuando ya era de noche, te aseguro que pude escuchar una música lejana, una risa brillante, algo parecido a un frenesí. Sí, ni modo, esto te lo cuento a ti, porque allí, en La Línea de Fuego todavía yo no regresaba físicamente adonde estuvo el Bar Kentucky, en el centro de la ciudad de Chihuahua, pues también estaba contándote que allí estaba en una de las mesas de La Línea de Fuego en la colonia Carolina de la ciudad de Cuernavaca, platicándole eso a la desconsolada y bebiendo caballitos de tequila con sal y limón y nada de acompañamiento de un vaso de sangrita. Y ya se nos hizo tarde, mi estimado Alejandro González Acosta, ya es hora de partir, a seguir en lo de cada uno de nosotros.

—Sí, ya es tarde, pero ¿y luego, qué pasó con la desconsolada? —se alarmó Alejandro González Acosta al verme a punto de partir—: Oye, espera, me contaste la historia de Margaret y Juan Luis en el Bar Kentucky, pero falta lo otro.

—No te preocupes, Alejandro, allí está esa historia y en ella la verdad de la creación del coctel margarita —le dije—, lo demás es sólo una leyenda que anda por allí y que a veces se olvida, a veces resucita, sólo eso, un rumor. **U**

Del libro *Breve tiempo del imposible* recientemente publicado por Ediciones Cal y Arena.